

M^a del Carmen GARCÍA HERRERO, *Los jóvenes en la Baja Edad Media. Estudios y testimonios*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2018. 435 pp. ISBN: 978-84-9911-475-0

La juventud es siempre un tema sugerente. Por definición un período de cambios y de formación de la persona: el/la joven (casi) siempre está en proceso de evolución hacia su, en teoría, mejor versión. Quizás sea este el motivo por el cual los autores de las fuentes documentales no siempre prestaron la atención debida a esta etapa de la vida humana.

Sin embargo, la infancia y juventud son las etapas en las que se forja nuestra personalidad, y como tal un período vital fundamental para la reproducción de la sociedad desde el punto de vista cultural (así como para los adultos queda la responsabilidad de la reproducción biológica). De esto eran plenamente conscientes nuestros antepasados.

El hecho de que la presencia de la juventud en las fuentes sea menos sistemática que otros temas se dejó notar en la historiografía, en la que tradicionalmente no abundaron los estudios relacionados con los jóvenes y mucho menos en la época histórica que nos atañe, la Edad Media (aunque los hay y de calidad). “La historia de la juventud durante el Medievo es un tema aún poco ensayado en la historiografía española” (p. 24), en palabras de la autora. Con todo, este hecho fue cambiando en los últimos años y uno de los mejores ejemplos del “progreso” de la juventud como tema de investigación histórica es el libro de la profesora M^a del Carmen García Herrero, *Los jóvenes en la Baja Edad Media. Estudios y testimonios*, publicada por la Institución Fernando el Católico en el año 2018.

Lo que este libro nos ofrece es producto de la vasta experiencia investigadora acumulada por la profesora García Herrero en relación con el tema de los jóvenes en la baja Edad Media (hasta doce publicaciones suyas, predecesoras de este libro, se enumeran en la Introducción, destacando “La educación de los nobles en la obra de don Juan Manuel”, *La familia en la Edad Media*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2000, pp. 39-91; “Asociaciones de jóvenes en el mundo rural aragonés de la Baja Edad Media”, *En la España Medieval*, 35 (2012), pp. 35-73; “Vulnerables y temidos: los jóvenes varones como grupo de riesgo para el delito y el pecado en la Baja Edad Media”, *Clío & Crimen*, 9 (2012), pp. 105-134; o “Niños y jóvenes en el ciclo festivo del invierno bajomedieval”, *La formació de la personalitat a l'Edat Mitjana*, Lleida, Pagès Editors, 2016, pp. 69-91). Se trata de un paso más “hacia una historia de la juventud” (p. 23), aunque un paso largo y firme. Un paso en el que confluyen múltiples enfoques asentados en una gran variedad de fuentes literarias, documentales e iconográficas.

Es precisamente el tipo de fuentes lo que estructura gran parte de la obra, un acierto desde mi punto de vista, que resalta el carácter interdisciplinar imprescindible, dado que las fuentes que se centran exclusivamente en los jóvenes son escasas (p. 49). La profesora García Herrero, con esta y otras dificultades analizadas en el primer capítulo,

se aproxima por tanto con toda precaución a la juventud en la baja Edad Media. O mejor dicho: las juventudes, dado que no existía un término inequívoco de la “juventud” aplicable en la sociedad bajomedieval, que contaba con diferencias según la condición social o el género. A pesar de todo esto, “la realización de un estudio amplio y sólido sobre la juventud bajomedieval hispana no sólo es posible, sino que enriquecerá, completará y ahondará nuestros conocimientos sobre la sociedad, cultura, economía y política del período” (p. 49).

El eje que vertebra el libro es la juventud, sobre todo masculina y en el reino de Aragón. Este hecho, que podría ser considerado como un tratamiento parcial del tema y una limitación del libro, es, sin embargo, una de sus principales virtudes dado que deja abiertas futuras líneas de investigación, por ejemplo para otras regiones a través del método comparativo.

En el segundo capítulo, a través de fuentes literarias o catequéticas como la obra de don Juan Manuel (*El Conde Lucanor* o el *Libro de los Estados*), Gordonio, Alonso de Madrigal o los *Castigos de Sancho IV*, aparecen desarrollados aspectos fundamentales de la juventud relacionados con su educación y carácter. Sobre la educación, es destacable la obra de don Juan Manuel encaminada a que los jóvenes de la nobleza alcanzasen el ideal de caballero defensor cristiano tan propio de la época. La buena educación y los buenos educadores permiten al joven superar las inclinaciones y defectos propios de su etapa vital: apasionamiento irracional, desconocimiento, credulidad, afán por la pelea y falta de templanza (pp. 115-117). Defectos que, contando con buenos consejos y con la “vergüenza” (entendida como un sentimiento que limita las acciones a solamente lo conveniente), pueden ser superados y evitar así caer en el pecado y el delito, sobre todo los relacionados con el juego, el amor al vino y las mujeres, protagonistas de algunos de los apartados del capítulo.

En el tercer capítulo, el protagonismo recae en las fuentes documentales contenidas en diversos archivos aragoneses (sobre todo fuentes notariales, judiciales o emanadas de la administración pública), así como en la correspondencia de doña María de Castilla, reina de Aragón entre 1416 y 1458. Esta documentación le permite a la autora un análisis completo de la sociabilidad juvenil aragonesa al mismo tiempo que una aproximación a los principales desmanes cometidos por los jóvenes (y que tanto los apartaba del modelo de caballero) o al tema de los matrimonios clandestinos, acto muy común en la Edad Media hispana y que podía acarrear serias consecuencias dado que el matrimonio, aparte de ser un sacramento, repercutía en asuntos fundamentales de las familias implicadas.

Especialmente interesante desde mi punto de vista es el tema de la sociabilidad juvenil, dado que lo considero un tema de reflexión actual (en relación con la sociabilidad de nuestros jóvenes) que cuenta con escasez de fuentes documentales en otras zonas de la península. En efecto, las asociaciones de jóvenes en el mundo rural aragonés (con sus diversas denominaciones: compañías, mancebías, juegos, reales o condados) nos retrotraen a una época no tan alejada de nuestro tiempo en la que el grupo social definía más a una persona que su propia individualidad. Como se puede leer en el capítulo, estas asociaciones cumplían un papel fundamental en la educación de los jóvenes varones en su desarrollo hacia la etapa vital adulta, cohesionaban el grupo y al mismo tiempo garantizaban la permanencia de muchas de las festividades y diversiones de la comunidad, lo que explica que fuesen fomentadas por las autoridades a pesar de los ocasionales excesos, tal y como señala la autora (p. 160). Es decir, que no solo eran importantes como medio de encauzar y formar a los jóvenes según los valores sociales establecidos, sino que además reforzaban algunos de los más relevantes mecanismos de reproducción de la comunidad, como las bodas o el baile dominical.

En el cuarto capítulo se produce una aproximación a los jóvenes desde la iconografía, a partir de tres ejemplos. Por una parte, dos escenas de la techumbre mudéjar de la catedral

de Teruel, de las cuales García Herrero propone una sugerente lectura relacionada con las asociaciones de jóvenes. En primer lugar, el mes de abril coronado como “rey joven”, una imagen frecuente en los calendarios medievales; y segundo, la “escena de los tres músicos”, interpretada como una fiesta juvenil de la primavera, en la que tres personajes principales aparecen coronados: en el centro el rey y flanqueado por sus “caballeros” o “mayorales”, presidiendo una idealizada fiesta de primavera (p. 281). Por otra parte, el “Banquete de Herodes y Herodías”, de Pedro García de Benabarre, una escena bíblica y áulica en la que según García Herrero se produce un sincretismo entre cultura popular y aristocrática: “Mi hipótesis es que [...] García de Benabarre nos legó el único “retrato” colectivo de una asociación de jóvenes varones con su músico que ha sido localizado hasta el momento en gótico hispano” (p. 290).

En el quinto capítulo, el protagonismo recae en niños y jóvenes para analizar su importante papel durante el ciclo festivo invernal que culminaba en el Carnaval, así como en mascaradas, calendas y ayunos de origen pagano y otros excesos, contra los cuales la Iglesia no pudo imponer su rechazo hasta Trento. La autora evidencia cómo las fuentes atestiguan la presencia de niños y jóvenes de diferente condición y estado en estos actos (las mujeres solían ser apartadas), como en los “reyes gallardos” de Jaca o en el “obispillo”, a la vez que adquirirían los valores y códigos de conducta que se esperaban de ellos en su madurez. Junto con esto, también se nos relata un suceso luctuoso que tuvo lugar en Alloza, en el cual un joven menor de veinte años mató a otro menor de diez, ambos pastores, y las reacciones y consecuencias que el suceso significó para las familias y otras personas implicadas.

El libro termina con un último capítulo constituido por el amplio y provechoso apéndice documental, incluida documentación inédita, y los índices.

La profesora M^a del Carmen García Herrero, asentada en su larga carrera investigadora sobre el tema, nos ofrece una obra bien estructurada y de amena lectura a través de una etapa vital liminar, un “estado provisional, una etapa de socialización previa a la edad adulta que posee especificidad y que es, en cualquier caso, una construcción cultural, puesto que cada sociedad concibe a la juventud en unos términos concretos y dota a esa etapa de funciones sociales diferentes” (p. 115). Una construcción cultural de cada sociedad pero que, como podemos comprobar con la lectura de este estudio, en su esencia no distingue entre jóvenes del pasado y del presente: errores y excesos, pasión, rebeldía, etc., pero también aprendizajes e ilusiones, amistad forjada en asociaciones (quizás ya no tengamos las que había en la Edad Media, pero sí la escuela, equipos deportivos, grupos musicales, etcétera), despreocupación, primeros amores... Una época cuya reflexión casi siempre nos genera una sonrisa. “Juventud, divino tesoro”, que diría Rubén Darío.

Juan COIRA POCIÑA
Universidade de Santiago de Compostela
juancoirapocinha@gmail.com